

La Lectura Popular

PUBLICACIÓN QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

Copiamos el siguiente artículo de nuestro difunto Director, publicado el 1.º de Junio de 1889, y que parece escrito ayer. Medítenlo nuestros lectores.

ZAMBOMBazos

Terribles y amenazadores suenan por todas partes para despertar al gran mundo del sueño del olvido. Berlín. París, Sanpetersburgo, Roma, se conmueven al estampido de la dinamita. Al oír los disparos doña Civilización asustada se asoma á la ventana, y divisa bajo de ella un grupo de bárbaros. Son sus hijos, que se disponen á soltarle un zambombazo para darle los buenos días.

—¿Qué queréis, hijos míos? les grita con todos los pulmones; ¿qué queréis que así atentáis contra la paz de vuestra madre?

—¡Queremos libertad!

—¡Cómo es eso! ¿No os he dado ya la libertad de imprenta, la libertad de enseñanza, la libertad de cultos, la libertad de pensamiento, la libertad de conciencia, la libertad de matrimonio y hasta la libertad de marcharos al infierno? ¿Qué otra libertad queréis?

—La última y más importante de todas: la de sacar consecuencias de lo que la libertad nos ha enseñado.

—¡Y qué os ha enseñado?

—Primero: que no hay Dios ni amo. Segundo: que todos somos iguales.

Tercero: que nadie tiene derecho á mandar en los demás.

Cuarto: que la propiedad es un robo.

Quinto: que los ricos son unos ladrones.

Sexto: que no hay más paraíso que el de la tierra.

Y séptimo: que es un tonto quien no lo disfrute, aunque para disfrutarlo tenga que acabar con la humanidad.

—Pero eso es un horrible disparate.

—No importa.

—Eso es la destrucción del universo.

—No importa.

—Eso es la barbarie, el salvajismo, la disolución social.

—No importa.

—¡Ingratos! queréis matarme! ¿Es así como pagáis mis sacrificios? ¡Yo que para

criaros he derribado tantos conventos, destruído tantos altares y degollado tantos frailes; yo que para educaros he buscado maestros *liberales* que os enseñaran doctrinas *liberales*, poetas *liberales* que os inspiraran ideas *liberales*, y hasta *músicos liberales* que os cantaran las coplas de la libertad, y ahora os conducís de esa manera!

—Bien, madre, con eso nos has despertado el apetito; pero ¿cuándo nos das de comer?

—Pero ¿qué queréis comer?

—Felicidad, riquezas, placeres, comodidades; en una palabra, nuestra porción de paraíso terrenal.

—¡De paraíso! ¿qué disparate!

—Tú nos lo has ofrecido.

—Os he ofrecido que con el trabajo y la economía podríais hacer cada uno un capital, gozar de la vida y...

—Pero ¿y si nos morimos antes de hacerlo?

—Os enterrarán.

—¿Y qué habremos ganado con que nos entierren? Tus maestros nos han enseñado que no hay cielo, luego debemos gozar aquí en la tierra. Tus maestros nos han enseñado que no hay más Dios que el oro, luego debemos buscarlo donde esté.

Doña Civilización se pone pálida y empieza á sudar la gota gorda.

—Pero, hijos míos, vosotros no comprendéis bien mis doctrinas. El hombre, aunque hijo del mono, debe ser razonable, y la razón aconseja que cada cual recoja el fruto de su trabajo; luego vosotros debéis trabajar, y...

—Te equivocas madre, lo que la razón aconseja á los monos es que coman del trabajo de los demás. El mono nada tiene que esperar. Puesto que dices que no hay más que una vida y el que la pasa mal se fastidia; para fastidiarnos nosotros ¿no es mejor que se fastidien los demás?

—¡Insensatos! no me comprendéis.

—Tú eres la que no quieres comprendernos á nosotros.

—Queréis acabar con vuestra madre.

—Como tú acabaste con nuestra abuela.

—No me la nombréis, era una reaccionaria; quería sujetarme á las enseñanzas de la Iglesia, y por eso la maté.

—Entonces á qué debemos hacer contigo por querer sugetarnos á tu opinión? Nosotros éramos pobres, pero vivíamos tranquilos porque la abuela nos había enseñado á tener fé; sufríamos penas, pero las llevábamos con paciencia, porque la abuela nos había enseñado á tener esperanza; sentíamos necesidades pero las veíamos satisfechas, porque la abuela nos había enseñado á tener caridad; en suma: padecíamos como los demás mortales, pero llevábamos resignados la carga de nuestros sufrimientos, porque esperábamos descansar en otra vida mejor; mas viniste diciéndome un día que habías leído un libro nuevo, y que todo era mentira; que el mundo era *una bola*, una especie de queso destinado á alimentar á los hombres, y que la suprema dicha consistía en chuparlo á más y mejor. En seguida, nos azusaste contra la abuela, y nos digiste que era una fanática, que no nos dejaba gozar de libertad, que tenía vinculado el queso, que todo se lo daba á las *manos muertas*, que solo nos dejaba las migajas, que esto no podía continuar así.

Nosotros te creímos, y aunque las migajas de las manos muertas nos lucían más que los tejemanejes de tus *manos vivas*, nos dejamos llevar de tus discursos, nos sublevamos y matamos á la abuela. El queso cayó en tus manos, y desde aquel día empezó tu administración.

Progresos, industrias, ciencias, adelantos, todo tenía por objetivo el queso. El queso se perfeccionaba; cada vez era más rico, más grande, más suculento; pero entretanto, como eras la más sabia, te lo comías tú sola.

La *Civilización* se pone fosca, y empieza á temer.

—Hijos míos, exclama haciendo un esfuerzo. He hecho lo que he podido, os he dado *ilustración*, os he dado *libertad*.

—Pero no nos das queso.

—La economía tiene sus leyes: la moral y la justicia tienen sus leyes.

—¿Y qué entendemos nosotros de justicia ni de moral. ¿No dices que el hombre es mono? ¿No dices que somos bestias? ¿No dices que el mundo es queso? ¿No dices que no hay más allá?

La *Civilización* pierde los estribos, y comprendiendo que no hay más medio

que vencer ó morir, saca una ametralladora y empieza á disparar sobre sus hijos. Los hijos, sorprendidos, al pronto huyen en todas direcciones; pero repuestos después, se reúnen de nuevo, se organizan, y comienza la más espantosa revolución que ha presenciado el mundo; la dinamita y la pólvora estallan por todas partes; la sociedad se conmueve y parece que toca á su fin. De repente una mano robusta armada de un espadón, aprovechándose de un descuido, descarga á la *Civilización* un golpe en el pescuezo; la *Civilización* cae, y el queso rueda libremente sobre la superficie de la tierra.

Cien manos se arrojan á cogerlo, pero al fin logra asirlo la mano de la espada.

—¡Victorial grita el pueblo por todas partes; ¡el queso es nuestro! ¡Viva la libertad!

—Sí, ¡vival; grita el héroe vencedor, pero nadie me toque el queso.

—¿Cómo?; ¿pues no eres un hijo del pueblo como nosotros?; ¿no te hemos ayudado á triunfar? ¿por qué no lo repartes?

—Porque si lo reparto me tocará menos porción.

—Pero es que la justicia aconseja que lo distribuyas.

—Y ¿qué tengo yo que ver con la justicia? El *hombre-mono* no entiende de esas cosas; mientras tenga la espada no suelto el queso.

La multitud indignada vuelve á las armas; la sangre corre de nuevo, y por fin después de perecer muchas víctimas logran derribar al usurpador. El queso vuelve á rodar sobre la tierra.

Nuevos gritos y nueva alegría; músicas, iluminaciones y colgaduras; pero... ¿dónde está el queso?

Otra mano lista le ha metido las uñas y lo está ya administrando, esto es, se lo está comiendo.

—¡Infame! suelta el queso gritan todos á la vez.

—¿Para qué?

—Para distribuirlo como es razón.

—No lo suelto.

Cañoneo limpio, nueva revolución y nueva jarana. El tragón cae al fin bañado en sangre y el queso vuelve á rodar otra vez.

En esta ocasión lo agarran un millón de manos, y ninguna quiere soltarlo.

—Que se nombre una comisión reparadora.

—¡Yo seré de la comisión!

—¡Yo!

—¡Yo!

—¡Yo!

—¡Ninguno!

—¡Todos!

La marimorena vuelve á armarse, y la sangre corre como un torrente y va ya formando un mar.

El pueblo cada vez se pone más furioso; no comprende que después de tanta lucha aún no acabe la raza de los tiranos. ¿En qué consiste esto?

—¡¡Infelices!! exclamaba una vocecilla que grita desde lo alto. ¿Cómo queréis que acabe la raza de los tiranos mientras no acabe la raza de los *monos*, la raza de los bestias, de los hombres sin fé, de los hombres sin Dios?

Los bárbaros levantan todos la cabeza y ven dibujarse allá en el cielo la figura de una mujer,

—¡La abuelal, ¡la abuelal; gritan cayendo de rodillas en un charco de sangre. — Baja abuela, baja y traenos la paz.

—¡Hijos míos! desgraciados hijos míos. ¿Cómo queréis que os de la paz si vosotros mismos habéis renunciado á ella? ¿Cómo queréis salir de vuestro estado si habéis huído de vuestro único Salvador?

—La *Civilización* nos ofreció hacernos felices.

—Pues ya véis hijos míos como lo cumple.

—Nos ofreció riquezas y libertad.

—Pues os engañó como unos chinos.

—Es una egoísta; una déspota; una tirana.

—Como lo serán cuantos educados en sus doctrinas vengan tras ella para volveros á engañar.

—Pero ¿qué remedio tienen estos males? ¿Cómo salir de nuestra miseria? ¿Cómo lograr la verdadera justicia y la verdadera libertad? Hemos agotado las minas de petróleo y nada podemos conseguir. ¿Qué es esto? ¿Qué significa esto?

—Significa que el petróleo y la dinamita de la tierra no sirven para hacer hombres de bien.

—¿Pues dónde hallar esos hombres?

—En la Iglesia Católica, hijos míos, donde el hombre adquiere conciencia de sus deberes, y sabe que no es bestia sino criatura de Dios. Allí están los verdaderos amigos del pueblo, los que lejos de tiranizarle se convierten en servidores suyos, los que le socorren en sus miserias, los que le asisten en sus enfermedades, los que educan honradamente á sus hijos, los que todo lo sacrifican por él, y los que antes que adular sus pasiones para engañarle y seducirle consienten en morir á sus manos diciéndole la verdad.

El pueblo baja la cabeza y se queda pensando.

Déjalo pensar, lector querido, que tarde ó temprano él descubrirá quien tiene razón.

ADOLFO CLAVARANA Y GARRIGA

¡COSAS PLENARIAS!

Teníamos en mi casa cuando yo era chico una criada un tanto ruda, que cuando se veía en presencia de algún suceso inexplicable para ella, y que no le cogía en la cabeza, exclamaba con el mayor aplomo: *¡Cosas plenarias!*; y se quedaba tan aquietada y satisfecha con la solución. Así exclamamos nosotros con Antonia la de Bigastro: *¡Cosas plenarias!*, al leer las siguientes palabras de *El Imparcial* hablando del atentado de París contra el Rey de España y el Presidente de la República francesa:

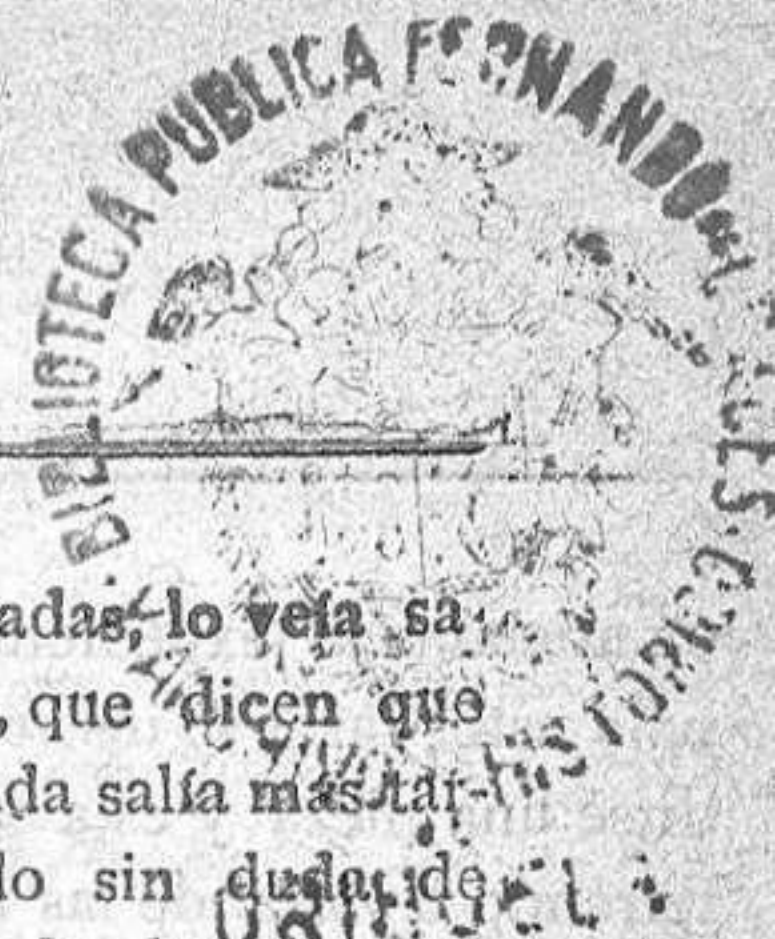
«Hay anarquistas teóricos. Hay anarquistas prácticos. Los unos laboran con la pluma, los otros con la dinamita y el puñal. ¿Cómo establecer la diferencia entre el que llena el cerebro de impulsos, y el que los ejecuta? ¿Cómo separar la *propaganda del hecho*? ¿Cómo colocar en la esfera de intelectualidad excelsa é intangible al dogmatista, y entregar el horror de las muchedumbres, á la persecución de la policía, á los martirios y á las cárceles los que *lógicamente* convierten en resoluciones lo que está escrito ó lo que ha sido hablado?...

ESTA DIFERENCIA NO ES POSIBLE QUE SE ESTABLEZCA NUNCA.

En vano los anarquistas intelectuales lograrán separarse de los anarquistas violentos. EL TINTERO EN QUE SE MOJA LA PLUMA QUE DIFUNDE EL ODIOS ESTÁ EN COMUNICACIÓN DIRECTA CON EL EXPLOSIVO QUE SIEMBRA EL ESPANTO».

Así. Más claro agua.

¿Pues no habíamos quedado, mi señor *Imparcial*, en que el pensamiento era libre como las pajaricas del aire; y libre por lo tanto la libre emisión de él; y libre la imprenta para decir todo cuanto al libérrimo pensamiento se le ocurriera enjaretar? ¿No habíamos quedado en que la libertad de pensamiento era una de las conquistas del derecho nuevo; que era uno de los derechos individuales, inalienables, imprescriptibles, intangibles, inquebrantables, inrompibles, infusibles, y qué se yo cuantas cosas más? ¿No sabíamos ya que cuando intentaron asesinar á D. Amadeo, teniendo el gobierno conocimiento del plan, y estando la policía viendo apostados á los asesinos, aguardó con el mo-



por respeto á la santidad del pensamiento libre á que consumaran el hecho para determinarse á cojer los criminales, al mismo tiempo que hubieran recogido los destrozados restos del liberal rey si hubiesen atinado en los disparos? ¿No sabíamos ya que el mismo día que fusilaron á los siete infelices anarquistas en Montjuich publicó Castelar en *El Globo* me parece un artículo vanagloriándose de haber sido el introductor en España de las ideas furieristas y falansterianas: una de tantas farrándulas y faramallas antecesoras del anarquismo? ¿Y no vimos como mientras á los unos les saltaban la tapa de los sesos el otro, el orgulloso causante, sobre cobrar como cobraría muy buenos duros por su artículo, seguía siendo á modo de una institución, y disfrutando las ventajas de político muy bien retribuido? ¿Y después de todo esto sale ahora el liberalísimo *Imparcial* con que el tintero y la bomba están en comunicación directa, y con que: es imposible que jamás por jamás pueda establecerse diferencia entre el que llena el cerebro de impulsos y el que los ejecuta? ¿Y al día siguiente de ese artículo no muda *El Imparcial* su título, y en letras como pozales no pone en la cabeza del periódico: EL ANTILIBERAL?....

Lo dicho. Aquí de Antonia la de Bigastro: ¡Cosas plenarias!

AMANCIO MESEGUER.

El Tirano y el Pastor

Nació en la isla de Sámos y se llamaba Nicias. ¿Su padre? un ollero, de los más hábiles de la región, célebre en la antigüedad por sus alfarerías, Sámos era la Triana del Archipiélago y el solar de las ollas.

Huerfano Nicias á los trece años y pobre y desvalido, entró á servir de pastor de carneros con un Samiense, que le daba por toda soldada una piel con que cubriese y un mendrugo de pan, que el tenía que enternecer enterrándolo en el estiercol. Así y todo vivía el pastorcillo contento con su suerte; y, de haber guardado cabras en lugar de carneros, hubiera parecido por lo hermoso, por lo joven, apuesto, y mal vestido, el Dafnis de los campos de Mitilene.

El grandioso espectáculo de la naturaleza y la soledad y aislamiento de todo comercio humano en que vivía despertaron en él aficiones astronómicas. Observaba los espléndidos levantes del sol y sus magíficas puestas en un cielo de púrpura; la grandeza del disco solar, así al aparecer, como al declinar en su carrera, más

grande en las lejanías del horizonte, que al llegar al cenit; la inconstancia de la luna, que cada noche cambiaba de forma y de tamaño y el movimiento de las estrellas en la diáfana boveda, azul turquí de día y verdinegra de noche.

¿Por qué aquellas cosas?!

Cierta día, al atravesar un camino con su rebaño, tropezó con un libro, perdido por algun caminante; y, como no pudiese descifrar aquellos garrapatos de arbitrarias formas, lloró por su rusticidad y su ignorancia.

De allí á poco, halló junto á una fuente, sentado en un peñasco cubierto á trechos de verde musgo, un hombre de costosísimas vestiduras, que se entretenía en leer, y ora arrugaba el entrecejo como quien piensa, ora reía como quien oye donaires. Aquel hombre por lo visto, no estaba solo, Aquello sería leer..... Y Nicias, yéndose al cortesano, derecho como una flecha le pidió con ahinco que le enseñase el arte, y rebelase la magia de adivinar el pesamiento ageno por medio de aquellas *grammatas*, trazadas sobre hojas de pápiro.

—¿Y para qué quieres tu saber leer?

—Para más averiguar acerca de los astros.

—¿Tánto sabes ya de ellos, que dices más?

—Como saber, sé muy poco: pero juro por Jupiter que he de saber más de lo que sé.

—¿Pero qué es lo que sabes á la hora esta?

—Verás, señor. Sé que la luna hace una revolucíón en torno de la tierra en veintisiete dias que yo he contado, echando una pedrezuela cada noche en la oquedad de una encina, para contarlas luego, y siempre son veintisiete. Sé que hay estrellas que nunca se mueven de su lugar como las rocas, y estrellas que voltean en derredor de un centro, como en torno del monte los carneros que guardo. La que más fijó mis cuidados y despertó mi curiosidad es la de Venus. Desapareció de mi vista por una temporada, y despues me la he encontrado hecha estrella del dia, cuando la dejé de ver estrella de la tarde. De igual suerte y manera, seguí el curso del sol. Por las tardes lo veía bajar y ocultarse detrás de las copas de los pinos. Muchas veces corrí hacia él, ganoso de cogerlo y siempre se me había ido de donde yo creía que me aguardaba. Hasta á los picos de los montes subí tras él. Cuando yo llegaba á la cumhre, él estaba en los valles; y cuando yo bajaba al valle, ya él se había ocultado tras otro monte, á muchísimos estadios de distancia

Luego, por las madrugadas, lo veía salir, hermoso como Apolo, que dicen que es él. Pero cada madrugada salta más tarde: hasta que, arrepentido sin duda, de hacerme esperarle más cada día durante meses y meses, fustigaba los corceles de su carroza, y empezaba á salir cada vez más temprano. Otro pormenor que observé: cuando tardaba más en salir, se ponía más pronto. Cuando madrugaba más para salir, se ocultaba más tarde. Todo esto lo anotaba yo por medio de rayas hechas con una guija en la corteza de los árboles tiernos.

—Veo, pastorcillo, que eres muy estudioso y que tienes un ingenio nada vulgar. Por Minerva, que si estudias llegarás á ser un hombre de provecho. Vente conmigo á la corte: yo te prometo que te haré feliz.

—Yo no necesito nada de nadie.

—¿Tanto tienes?

—Pues..... lo que gano.

—Según eso, ganarás mucho.

—Tanto como Polícrates, tirano de Sámos.

—¿Cómo así, pastorcillo?

—Porque Polícrates gana su vida, y yo gano la mía. Cada hombre sale á vida por cabeza, y, vida por vida, allá se andan todas.

Reflexiones de Polícrates, al tornar á su corte, despues de su diálogo con Nicias:

—Y le sobra razón al pastorcillo. Yo, mi vida, y él, la suya.... Quizás si fuéramos á cuentas veríamos cómo él ganaba más. El es mozo, y yo, viejo. Por Castor y Polux que cualquiera daría más por su vida que por la mía....

Reflexiones del autor:

Ni Polícrates ni Nicias eran cristianos.

De haberlo sido, de juro que el diálogo hubiese acabado así:

—Polícrates trabaja por su cielo, y yo, por el mío. Todos los cielos allá se andan. Lo que importa es ganarlo.

JUAN F. MUÑOZ PABON.

VARIEDADES

¡QUE VERGUENZA!

El P. Nozaleda ha tenido que renunciar su arzobispado de Valencia, ¿por qué?... Pues sólo porque no es del gusto de los anticlericales su nombramiento, y han hecho cuestión de partido el que no llegase á posesionarse de su silla.

Está bien: pero ya sabremos en adelante á qué atenernos los católicos españoles.

No bastará, para que tengamos obispos, que los presente el Gobierno de S. M. y los acepte y preconice la Santa Sede, como hasta hoy se había creído. No

en adelante al expediente canónico que para estos casos se instruya habrá de añadirse una pieza y ésta será la decisiva: el refrendo ó *placet* de las Logias.

¡Felices protestantes y felicísimos judíos, á quienes nadie molesta para el nombramiento de sus jefes espirituales en nuestra nación!

PARA EJEMPLO DE VIVOS

Deplorando *El Imparcial* la escasa concurrencia á los funerales celebrados en S. Francisco el Grande por el alma de D. Francisco Silvela refiere, lo que pocos días despues de retirarse de la política, de cía de sobremesa, el propio D. Francisco, á unos cuantos amigos de su intimidad:

—¿Cuántos telegramas crearán ustedes que recibí cuando fui nombrado por primera vez presidente del Consejo? Recibí 30.000. ¿Cuántas cartas creen ustedes que he recibido despues de mi retirada? He recibido 16.

—¿Para qué asistir á los funerales?

La mano que repartía mercedes y honores está ya helada para siempre.

LAS LAPAS SOCIALES

Cual lapa que se aferra á los peñascos que las olas remojan sin cesar, los amigos al hombre poderoso se agarran con afán,

Mas, si un día la roca queda en seco y no encuentran en ella jugo ya.... esas lapas sociales, como aquellas, se escurren á la mar.

Fernán García.

LA CAPA RECORTADA

Al apoderarse de una parte de Polonia Federico III, Rey de Prusia, hizo perder al Obispo, Duque de Ermeconde, una gran parte de sus rentas. Cuando el Prelado fué á Postdam á prestar homenaje al Rey, le dijo este.

—Es imposible que me queráis despues de lo que os he hecho.

—Jamás perderé de vista—respondió el Prelado—el respeto que debo á mi Príncipe.

—En este caso, puesto que soy vuestro amigo, cuento de tal manera con vuestro afecto, que si San Pedro me cierra las puertas del Cielo espero que sereis bastante bueno para entrarme oculto bajo vuestra capa.

¡Oh señor! Es imposible—contestó el Obispo;—habéis recortado tanto esta pobre capa, que no podría ocultar nada de contrabando bajo lo poco que me queda.

SE VENDEN MUERTOS

Leemos en el *Criterio Católico*.

El gobierno frances hace actualmente, con motivo de la separación de la Iglesia y del Estado, una información de tal carácter, que dá lugar á escenas como la que sigue:

El hecho ocurre en un municipio de Normandia.

El consejo municipal se habia reunido para fijar su presupuesto y el agente del Gobierno se dirige al alcalde, al final de la sesión:

—He aqui un cuestionario, señor alcalde, al cual os ruego que contesteis. He recibido la orden de interrogaros sobre estos puntos.

—Hablad, señor delegado.

—¿Cuánto vale la Iglesia de vuestro Municipio?

El alcalde, admirado, mira á los concejales.

—¿Me preguntáis, sin duda, responde, lo que valdría si se vendiera como edificio capaz de ser trasformado en almacén de granos? Pues bien; se la podría vender todo lo más en mil francos.

—¿Y la casa presbiterial?

—Se podría alquilar en cincuenta francos cada año y, como es vieja, no se tomaría, vendiéndola, mil francos.

—¿Y el cementerio?

Al escuchar esta pregunta todos los concejales se levantaron.

—¿Vais tambien á vender nuestros muertos?...

El agente se escusó, balbuceando; habia recibido órdenes del gobierno; el ministro... Pero no consiguió obtener una respuesta.

¿Cual es, pregunta el periódico frances del cual tomamos esta noticia; cual es la circular en virtud de la cual este agente tasa las tumbas y prepara la venta de ellas á la puja?

¿Se van á expulsar á los muertos como á los congregacionistas?...

BUENA REPLICA

Hace poco, un diputado frances se burló en la Cámara de la devoción de los católicos á los escapularios.

Entonces M. Lasies, con su oportunidad acostumbrada, le replicó:

—¿Y qué me decis de las palmas académicas y del botón de la Legión de Honor?

Y, en efecto, en Francia y en España sobre todo, muchos que se mofan de los signos externos de devoción, son capaces de arrastrarse por conseguir una condecoración cualquiera que poder lucir en el ojal.

Cartas de Clavarana.

Tenemos propósito de hacer una edición de las que lo merezcan, y puedan ser publicadas ahora, pues hay algunas, como ciertas de los políticos, que habrá de pasar tiempo para que puedan ver la luz y derramar la que en sí contienen; por manera, que las personas que tengan cartas de nuestro difunto Director, y quieran publicarlas, pueden enviar copia fiel; y si prefiriesen remitir las cartas originales por correo certificadas, ó como objeto asegurado, les serán devueltas del mismo modo despues de copiadas.

LOS TRAPENSES HELADOS.

Sabido es que el invierno ha sido excepcionalmente cruel en Europa este año.

En Maguzzand han sido encontrados muertos de frio dos frailes trapenses.

Estos frailes se dedicaban á recoger pobres en los caminos para llevarlos á su Asilo de Lonato y darles allí habitación y comida.

Una pregunta:

¿Cuántos anticlericales han sido encontrados tambien muertos de frio por dedicarse á análogas obras?....

LECTURAS POPULARES

Cuentos, artículos y diálogos originales de D. Adolfo Clavarana.

Precio 1 peseta cada uno franco de porte.

Tomando doce ejemplares se regalará uno.

No se responde de los paquetes no certificados ni se servirán los pedidos que no venga acompañado de su importe.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. Se manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Una accion . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id. . . .	1 » »
Un octavo id. . . .	0'50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orilluela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Pas 6, principal.